

◆ Capítulo 10

Oír a Nora Strejilevich en Centroamérica: ¿Lobo está?

Ileana Rodríguez e Irene Agudelo

Sin parar me hacen un nido de agua, y me sumerjo en la tibieza de la bañera y de sus palabras.

Mamá se acerca y me ve las cicatrices, que se resisten a salir con esponja y jabón. Recuerdo sus manos en las nervaduras de mi piel. Mi piel es lo único que ha cambiado en estos días.

Nora Strejilevich,
Una sola muerte numerosa (87)

Los textos de Nora Strejilevich nos llevan siempre a lugares insospechados: *Una sola muerte numerosa* nos condujo sorpresivamente hacia los clásicos indígenas del siglo XVI, como *El Memorial de Sololá*, el *Ixquin-Nehaib*, el *Popol Vuh*; *Un día, allá por el fin del mundo*, a la implosión de nuestro propio mundo, ocurrida en 2018 a propósito de un levantamiento popular contra un régimen de supuesta izquierda en Nicaragua. ¿Qué es lo que ella posee, cuál la magia de tocar espacios, lugares, y sentimientos ignotos?

En el caso de los documentos indígenas, el encantamiento vino al oír la leer fragmentos de *Una sola muerte* . . . el día mismo que nos conocimos en Guadalajara, México, en uno de esos congresos organizados por la Asociación de Estudios Latinoamericanos. Mientras ella leía escuchábamos con sorprendente claridad el peso del duelo que andamiaba su escritura, llanto soterrado que distinguíamos también en los textos Maya-Quiché, empeñados en precisar sus topografías y taxonomías desmembradas por los

Lo decible de la desaparición

Hispanic Issues On Line Debates 10 (2022)

castellanos. El registro geográfico venía sí acompañado de una estructura del sentimiento predominante en ese mundo indígena que relataba una sola muerte numerosa, igual que el memorial de Buenos Aires, de Nora, cuatro siglos después.

En ambos textos, el indígena y el argentino, embelesaba el oscurecimiento del referente, resultado del rechazo profundo por compartir información. La obligatoriedad de hablar y callar hacía del texto mortaja, porque, como dice Nora, bajo estricta vigilancia, a la detenida la acompaña solo su sombra; no puede dejarse sola ni por casualidad y debe lo mismo “no acordarse de nada” que “acordarse de todo” (*Una sola* 50). “No hablar” y “hablar” recordar y olvidar sostienen la tensión dramática del texto. Nora dice: “No tengo ganas de hablar. No sé de qué puedo hablar con tres policías. No contesto” (*Una sola* 108). La oscuridad textual es técnica de sobrevivencia, discapacidad expresiva, grado cero de la escritura. Nora *dixit*:

Tengo tantas palabras abarrotadas en las costuras de mis olvidos. Tantas letras uniendo retazos con punto atrás, tantas frases que no terminan de cerrarse en el punto final, tantas sílabas atragantadas, tantos gritos mudos, tantos suspiros, tantas risas. Con tantas exuberantes formas orales, guturales, manuscritas, impresas, copiadas, repetidas, con tantas voces, con tantas citas en las manos . . . con tantas vocales y consonantes reverberando, no puedo formular la oración que me hace falta para soltarle la sogá a este encierro verbal . . . (*Un día* 101)

En los textos indígenas quedan trazos de ese tartamudeo: la inscripción de la fecha de la derrota en su propia lengua (Día 1 Ganel —Febrero 20, 1524—); el uso del doble patronímico de los indígenas bautizados (Don Francisco Calel Atzih Uinac Tieran); la alfabetización ambivalente que colapsa dos palabras en una: Alvarado Tonatiuh (o Tonadiu) Avilantaro (Alvarado + Adelantado); la inclusión de términos indígenas sin posibilidad de traducción, como *calpulli*; construir el argumento alrededor de símbolos indígenas como mezclar las alas de Tecúm con las de una niña blanca como paloma protectora de Tonadiu y, sobre todo, meter por la puerta trasera la visión castellana del rey Quiché, Tecúm Umám, gran guerrero que “volaba sobre sus ejércitos en la forma de un pájaro que ellos llaman Quetzal, de largas, hermosas, verdes plumas, y con una vara esmeralda en la mano, daba órdenes a sus capitanes alentando a sus soldados” (*Isagoge* 186) —tan bello era que el Adelantado llamó a sus soldados para que vieran a este “Indio” Quetzal “tan hermoso y tan cacique” (Luján Muñoz 73).

La quiebra total de ese mundo sangra en cada sílaba y tensa oscuridad y mando en el texto indígena, como lo hará en el de Nora. Una fuerza mayor impone cambios drásticos pero no puede ocultar la agonía trazada en una sintaxis intermitente y mixta, que empieza a hundir los propios hábitos cotidianos para preservarlos. El testimonio traiciona estas dudas de adyacencia: adivinar lo que el otro quiere oír y tener cuidado en no decírselo, conciencia atormentada sin duda. Nora *dixit*:

No entiendo la gramática de ecos que me sigue como un halo, pisándome la sombra adonde vaya . . . Las voces de otros me trepan por el cuerpo . . . Veo . . . pilas de hojas escritas a mano . . . Hay que sostenerlas con cuidado, porque si tropiezo las palabras se mezclan, se confunden, se desparaman. (*Un día* 101)

Ocultamiento, oscuridad, pragmatismo son modos fundacionales de la retórica que entrelaza violencia y dominancia de geografías físicas y culturadas entramadas en toda confrontación. Esa es la atmósfera que predomina en la producción testimonial que denota una demonización de lo cultural, la misma que, en el momento en que se reproduce, ya se desprendió de lo real para encontrar morada en lo simbólico y ser preservada en lo estético, lugar sacro de lo que vendrá a denominarse proscrito en una reificación y calcificación de perfiles. Los lugares del género testimonial son colectivos, escritura grupal de una sola muerte numerosa.

El sentido de los testimonios indígenas estaba también en esta joven que leía en un congreso de Guadalajara un texto que había escrito y que se podía luego leer a solas, despacito, a gusto, y quedar sorprendida, como en estado de gracia, al oírla de nuevo susurrar al oído, con una suavidad inusitada, los sucesos de los campos de concentración argentinos. Impresionaban en ambos textos la frase entrecortada y enrevesada, las palabras compuestas, las sílabas traspuestas, el tartamudeo del que es obligado, no a hablar sino a sentir y a pensar en otra lengua. Pero también la medida, el decoro, la ausencia de drama en una tragedia, narrada desde una calma intensa y contenida, de llanto e ironía suaves para marcar el paso de una vida truncada: “No contesto. En la puerta de casa dos pares de brazos me alzan. Sonríe, segura entre sus brazos. Revoloteo como la mariposa de mi globo sin parar” (*Una sola* 108). No hay localizaciones exactas en ninguno de los textos. Caminamos con los ojos vendados. Topografías y tipografías, voces, subordinaciones e intercalados, el uso de posesivos, me/yo, despliegan la muerte en un único y solo plano simultáneo, hasta inmiscuirse en lo más íntimo.

Vishogrod, Wyszogrod: en pleno terreno judío

El congreso de la Asociación de Hispanistas se realiza en Varsovia. Los académicos, privilegiados viajeros, no perdemos la ocasión de conocer Polonia justitito después del colapso socialista. Nora fue al congreso y aprovechó el viaje para visitar Vishogrod, o Wyszogrod, el pueblo de su abuela materna. Encuentra primero que, en Vishogrod,

todos se parecen a vos, los espejos multiplican tu cara y tus modales. El misterio de esas sílabas y consonantes que nunca terminabas de pronunciar en castellano se resolvió en el mostrador de la estación donde me indicaron el número del ómnibus que debía tomar. La señora tenía tu misma tonada, solo que, en su caso, lengua y acento se correspondían.
(*Un día* 247)

De Vishogrod emigró esa mujer hacia la Argentina, cuando no era todavía abuela sino solo la madre de Lea y Sarita (madre de Nora), quien la había oído contar cuentos de su ciudad “entre sorbo y sorbo de sopa de farfalaj” (*Un día* 245). La seguimos pegadita a esa tierra de nadie. Nunca había estado ahí. Conoce el lugar de oídas, en los cuentos de la abuela: paisaje de romance a orillas del Vístula, uno de esos ríos fabulosos que enloquecen a los profesores de geografía pobres del tercer mundo. En la memoria de su abuela el pueblo era un cuento de hadas, majestuosa villa con su templo barroco y su sinagoga, construida en una cima con las piedras que habían quedado de un palacio en ruinas. Ahí los viñedos, mansiones, bibliotecas bombardeados en 1939. “Ya no estabas, pero lo sabías. Sabías que los nazis se habían llevado a tu familia” (*Un día* 245). Ella alzó vuelo con sus hijas, una en cada mano, en 1927, rumbo hacia otras orillas promisorias, fin del mundo. Eso era Buenos Aires. Ahí instaló una fiambrería —después de la muerte del marido, que había instalado una sombrerería—; fuera de Vishogrod, “donde los judíos habían sido mayoría y vivían en paz desde el novecientos y tantos de nuestra era” (*Un día* 246). La abuela no midió ni distancia ni lejanía, simplemente dio la espalda a sus campos de girasoles.

Nora desconoce la lengua. Escribe en un papel los nombres de los Zavierucha que busca: Joseph, Sarah, Shmuel. Va primero a la guía telefónica y luego de persona en persona mostrando el papel a la gente vieja, probablemente de la edad de su abuela, y constando la evidente incomodidad que provoca: “La cantinela sobre el antisemitismo polaco parece corroborada en este preciso instante” (*Un día* 246). Norita, “bajita, miope, con piernas de

futbolista” (*Un día* 85), aguantando la fuerte reacción de entre miedo y rechazo, ironiza que ahí “no aprecian los nombres bíblicos” (*Un día* 247). Pero ella necesita corroborar la figura de la abuela, retrasando los pasos que ella habría hecho por vías fluviales, por barco—Nora, heredera tan solo de “un mar de silencio” (*Un día* 247).

En eso, un hombre sonríe, “me besa la mano y me invita a seguirlo a su huerta. Mientras se agacha como para desenterrar escenas, empieza a contar . . . El hombre relata la saga que vine a no encontrar y me salpica con efímeros gestos” (*Un día* 249). Él tampoco entiende nada pero dice sí a todo, “mientras dibuja con la mano siluetas que parecen de chicos, de jóvenes, de ancianos.

En 1927 se fue mi abuela.

Tak.

¿Mataron al resto?

Taktak.

Imita tiros contra la pared. ¿Fusilados?

A duras penas enhebro hitos y finales. Infero: junto al granero, en fila india. Se los llevaron.

¿En tren? ¿Al gueto? ¿A Auschwitz?

Taktak. (*Un día* 249)

Historia hecha de sonidos, pausas, interjecciones escuchadas con empatía e imaginación. Los llegaron a buscar y los asesinaron a todos. Nora se despide pero regresa a preguntarle su nombre.

Parece más encorvado ahora . . . Un joven lo está retando. Lo llamo de lejos . . . pero el que se acerca es otro. Le digo Nora y me señalo para invitarlo a decir su nombre. Lo gruñe, enojado, para evitar otro reproche del hijo que le prohíbe dirigirle la palabra a esta extranjera. A esta judía que viene . . . a reclamar la propiedad. (*Un día* 250)

¡Historias de migrantes que regresan a reclamar sus tierras! Vishogrod, el Vístula en los ensoñados ojos de la abuela, es para la nieta un pueblo parecido a cualquiera “de la provincia de Buenos Aires: la calle central, la plaza, las veredas y más allá el campo abierto” (*Un día* 248), sin las “antiguas mansiones y edificios milenarios,” y donde ahora solo quedan los viejos. Horizonte de oídas, travesuras de la tía Lea, el encierro de la abuela para obligarla a

casarse con el abuelo, el lanchón sobre el Vístula donde la abuela joven iba a hacer mandados en ese río que la mecía antes de empacar valijas y cruzar el vasto océano hacia incierta y ajena orilla. Cuentos de hadas en lenguas desconocidas que Nora visita con la esperanza de encontrar alguna seña o testigo como las de ese viejo donde los pepinos, tomates y zapallitos, que la abuela cargaba para ayudar a su padre y “deben ser idénticos a los que me muestra otro señor al que también me arrimo papel en mano” (*Un día* 248–49). ¿Será Nora una escritora judía?

La familia nuclear: Gerardo Strejilevich—su hermano

El hermano, compañero de útero, de casa, de ideas, de prisión. La historia social y la desoficiada hablan en libros reconstruidos a partir de estos afectos, míos, tuyos y de aquel, a fin de retener, aunque sea en palabras, al que fue, el desaparecido, torturado, muerto. Para Nora, los perpetradores no saben distinguir entre el ser y el estar pues “creían que si ustedes dejaban de ser, iban a dejar de estar, pero están ahí siempre y más que nunca; habría que bajarlos de los estandartes para que convivan con nosotros, a ras del suelo” (*Un día* 275). Luego la nada: “me quedé mirándote con la atención que le presté a tu foto de bebé el día que la copié, con un lápiz negro, en el cuaderno de papá. En ese entonces quería aprender a dibujar; ahora, a sobrevivir” (275). Ahí mismo, si no el llanto, el suspiro. El ausente es sombra que aprieta el relato. Sobre él se escribe con la sobriedad de la prosa jurídica, de la corte, o con la gravedad del militante, durante una marcha, una manifestación, una espera colectiva que anuncia la anulación de las “leyes de impunidad” mientras el público aguarda la resolución en Plaza Congreso. Una compañera del hermano le pregunta por él y Nora le cuenta que fue a parar al Atlético y a la ESMA: “Avión y río, sentencia con cara impávida. Siento un escozor y no puedo decir más nada. El lenguaje látigo lo prefiero para la corte” (*Un día* 269).

El cuento que Nora escribe lo vivió aun si lo está reinventado en la escritura: “Scheller fue el responsable del operativo que culminó con el secuestro de las Madres, acusa el fiscal . . . Está probado que Pernías, Acosta y Scheller participaron en las torturas que culminaron con los vuelos de la muerte, remata el fiscal. Avión y río, completo yo” (*Un día* 271). Hoy lo oímos diferente porque hoy no es solo el relato de Nora sino el nuestro, imbricado y entreverado aunque no de la misma forma, no tan en carne viva pero sí en carne propia. Nora y nosotros, como en la siguiente escena que también vivimos pero en otra parte del continente: la clandestinidad, el secreto, la gravedad de la materia, la importancia de la persona ante el asunto y la complicidad necesaria de

todos nosotros con eso —eso que se llamaba agitación, militancia, urgencia de cambiar el mundo, certeza de lograrlo—:

Acá me cité con Gerardo cuando me llevó a la casa donde vivía: no podía . . . conocer su domicilio temporario. . . la orden era mirar para abajo . . . al llegar, al salir y al volver. No hacía falta tanto cuidado —nunca sé cómo hago para llegar a ningún lado— . . . Estas medidas servían para pretender que todo estaba bajo control. Por eso no tuvimos miedo: éramos dos chicos jugando a las escondidas y preguntando: ¿lobo está? (*Un día* 274)

El pasaje recuerda uno en Caracas, Venezuela, con Herty Lewites, que invitó a una compañera a encontrarlo en una esquina bajo la estricta prohibición de no mirar más que de frente, porque a izquierda o a derecha estaría Daniel, al que no se podía ver; sí, el mismo Daniel que hoy des gobierna Nicaragua. Las circunstancias de esta lectura lo pegaban a uno al texto de Nora. Lo tuvimos en la mano el 18 de abril del 2018, fecha en que comenzó el repudio masivo a ese Daniel Ortega presidente, y lo dejamos de lado hasta retomarlo a mediados del mes de septiembre. Al principio lo leíamos por leer a Nora y por encontrar los miles de frases de su texto que serían buenos títulos porque el que tenía no nos gustaba tanto. Dejamos de leer porque nos percatamos de que el relato hacía daño; nos iba a sumergir en lo que ella llama ansiedad y nosotros desasosiego, porque sus páginas cruzaban una tangente de nuestras vidas. Había que esperar y volver al texto en otro tiempo, ya más sosegados. Y volvimos para oír el relato del suicidio de su padre.

León y Sara Strejilevich: padre y madre

El padre, gentil hasta en la desesperación, se cansó de “jugar al superhombre, trabajo de ser siempre razonable, ecuánime” (*Una sola* 120). No quiso irse con Nora a Canadá; le pidió que volviera y ella volvió a la esquina de Corrientes y Paso, a esa “historia que los había dejado flotando como átomos fuera de órbita, desconcertados y frágiles” (*Un día* 19). Pero volvió tan lentamente como pudo, en lucha denodada por no llegar, deteniéndose en cada parada, perdiendo documentos, no sellando el pasaporte de salida, haciendo hasta lo imposible para que la deje el autobús, la lancha, el avión. No quiere estar ahí, ver, respirar eso. Y en el trasiego del viaje presenciamos la desolación del viejo León, su padre, esperándola con tantas ansias y premura como ella pone en demorarse. Después de eso, nadie te iba a esperar, Nora.

Atravesamos con ella de norte a sur todas las fronteras de un continente disfuncional, donde todo sin embargo se resuelve pero antes hay que suplicar. Nora, hoja al viento, barco sin ancla, esa que conocemos en sus textos, perdida y distraída en un trayecto que nos permite observar las trabas burocráticas, bellezas del idioma, parajes, gente. Hasta llegar al apartamento donde,

desde que a León le tocó hacer lo que no quería —vivir solo—, hacía a diario lo que no sabía hacer: comer solo, dormir solo, monologar, vivir sin ese codo a codo que se inventa de a dos. Por eso se lo veía apocado, encogido, descorazonado . . . El papel que acababan de entregarle a su hija le ponía punto final a esta distribución estratégica. (*Un día* 17)

Se lo entregaron la noche del 30 de marzo en el que, compuesto y bien vestido, León le había dicho:

Voy a buscar pensiones o geriátricos por el barrio de los tíos. No te culpes de nada, me susurraste al oído con un abrazo. Cuando volví me esperaba una nota bajo la puerta . . . Tu papá, dice Rosita, a las dos y media . . . Se tiró por la escalera de nuestro edificio que da al patio. Tenía un austral en el bolsillo y su reloj, partido en dos. Tenés que presentarte mañana en la comisaría para reconocer el cuerpo . . . No me acerqué a reconocerte, lo hizo un amigo. Dice que tenías una herida en el mentón, que tu expresión era sosegada. Hoy te enterramos . . . Fuimos unos pocos al cementerio de la Chacarita, el día era soleado. No quise flores, ni saber la ubicación de tu tumba. No visito tumbas . . . No te culpes de nada. Qué manera de no atar cabos, yo. (*Un día* 50)

¡Cuántas muertes alcanzan en un cuerpo! Lloramos al leerlo porque hemos visto la muerte muy de cerca. Y ahí está de nuevo el cuerpo, la noticia, el qué hacer y el qué no hacer o el qué no saber qué cosa es qué ni cuándo es cuando. Los cuerpos todos de esta familia, llevados por el vaivén de los tiempos, de la historia, del estado, del poder —como los nuestros mismos en ese momento de la lectura.

Tres años antes, en 1983, ya había regresado Nora porque su madre sufría un cáncer terminal. Habla entonces del miedo, de ese miedo vital que lo posee a uno ante la vida misma:

Miedo a las muertes que ya fueron y no fueron muertes, miedo a la amenaza de lo mismo, miedo al policía del aeropuerto, miedo a una dictadura que termina pero no se acaba. Miedo a la emoción de volver tras años de ausencia, miedo a sentir miedo. Miedo a la muerte de mi madre, miedo a la soledad de mi padre. Miedo a mirar la mirada de mi hermano. Miedo a no volver, miedo a perderme en cualquier lejanía. Miedo a olvidar. (*Un día* 88)

Sarita tenía “porte de princesa: los ojos transparentes, la voz aplomada, el andar espigado de quien se desliza por la vida sin esfuerzo” (*Un día* 85), hasta que le tocó el lado oscuro del mundo. “Habían secuestrado a tus dos hijos y te habían devuelto la mitad, es decir a mí” (86). El mal la amputó y la dejó con un miembro fantasma, y el miembro fantasma es Gerardo, con su hija. Ella cambió para bien: pidió disculpas a quien dañó, dejó de juzgar a la ligera, sostuvo a León y escribió con ternura,

con letras como cucharadas con las que la madre nutre a su bebé. Me las entregabas con cuidado, soplándolas para que no quemem, dulcificando las noticias para que el mal trago se asimile. Esperaba con ganas tus páginas de papel-avión con esas consonantes parejitas que subían y bajaban del renglón con su ritmo infantil, combinadas con perfectas vocales. Prolija letra que curaba mi lejanía con novedades del barrio y la familia, comentarios sobre la inflación, el clima . . . Este correo bifronte, que llegaba cada semana, excluía el tema enfermedad. No me contaron que tenías cáncer. (*Un día* 86)

Nora esperando la muerte de su madre, haciéndole guardia veinticuatro horas, viéndole los ojos entornados, su mano firme y frágil, hinchada, que no se cansa de acariciar. “¿Podés prender la luz? Está prendida . . . Entonces, estaré por morirme . . . A esa altura sabía que tu cáncer era terminal” (*Un día* 92). Todo esto en un presente atiborrado de pasado, con los ruidos cotidianos de Buenos Aires, seis años antes, espiondo “para ver si te siguen, Gerardo. Te reto. En medio de la dictadura y vos jugando con el cuco. No veo a nadie. Tampoco a vos te vuelvo a ver” (*Un día* 87). Y luego las cartas de Sarita, que las acercan a las dos; con ellas, “Te invento, te imagino, te doblo y te meto en el bolsillo. Te llevo pegadita a mí, no hay otro consuelo ante tu muerte joven: sesenta recién cumplidos . . . Te releo para descubrirle nuevas curvas a tu escritura” (*Un día*

95). ¿Quién no ha hecho algo parecido con su muerto? En el cementerio ni siquiera recogen las cenizas: “Aire, tierra, lo mismo da. Estás presente aquí, en mí” (*Un día* 97). Y luego el padre:

León es cada día menos parecido a papá . . . Se acabó Sarita, se acabó . . . el duelo lo tiene acurrucado en el silloncito verde del fondo. Su cuerpo parece mimetizarse con el mueble y quedar recluido en un cajón; se mueve apenas para pasar otro rato de pie, junto a la ventana. En esa posición parece más vital y respira como una planta reanimada por la humedad, aunque no deja de masticar palabras como cuartos oscuros. Contiene la respiración como ante un aparato de rayos X a punto de radiografiar su tristeza. No quiere salir, se niega a escuchar. Está muerto de silencio. Todo empezó con el secuestro de Gerardo . . . (*Un día* 97)

El mundo se le cerró con la captura de los hijos y se clausuró con la muerte de Sarita. Por eso lo deja, aun si él “Quiere que no lo dejes, que lo arrulles . . . ¿Y serás capaz de dejarlo así?” (*Un día* 105). Sí, Nora sigue el consejo de su madre, no abandonarse al dolor, no hundirse con su padre.

Ay, Nora, Nora, tan bronquera, le decía Roberto, su amigo: aprende a perder. Si eso era lo único que ella sabía hacer: sabía perder con todo el cuerpo, con el hálito en suspenso, el estómago convulso, con el susto y la zozobra auestas. Seguía caminando como si estuviese viva cuando ya estaba medio muerta —la lengua, nudo de silencio que encierra una frase que es la historia de una tragedia: memorial de Buenos Aires. Ese es el metabolismo de este cuerpo-texto: pérdida a cada vuelta de página, pérdida de documentos, de objetos, de aquello que puede ser recuperado —aun si de otra forma— pero es seña del vacío de lo que nunca más se encontrará. Andar vagando, estar con todos y con nadie, agradecer esa hora en que te brindan alguna compañía, no para llenar el vacío sino para entretenerlo. Estar con ella era seguirla desesperadamente por todos los vericuetos en busca de la llave de su casa, de su bicicleta, de las joyas que tenía guardadas en un banco cuyo nombre y dirección no recordaba. Perderlo todo para luego encontrarlo: ¿Lobo está?

Y en medio de todo este desbarajuste, la magia de la escritura, los remansos que preceden a la muerte, a la partida, el tesoro que encuentra en las cartas de su madre, en las fotos preciosas de la abuela, en el drama de una historia que se cuenta en otra lengua cuando se encuentra. Textos extraordinariamente líricos los suyos, pensando que hacen reír cuando hacen llorar, cumpliendo lo que decía Borges, que el ser humano no solo aspira al placer sino también

busca la derrota, el riesgo, el dolor, la desesperación y el martirio. Porque claro, cómo si no vivir en países como los nuestros, donde el país te pesa, te pisa, te apresa, donde “pasa que ya pasó lo que no tendría que haber pasado y que sigue pasando lo que no tiene que pasar” (*Un día* 79). Apenas ver crecer a los críos para que los maten en la flor de la edad; sorprende la conciencia de haber sido sorprendido inocentemente jugando a la utopía, la falta de sospecha, la carencia de toda suspicacia respecto a las propias fuerzas y a las de los cuerpos represivos. Así era la generación, nuestra misma historia, en Centroamérica, con los mismos libros, pasiones, significaciones, entusiasmos e ignorancias. Lobo está.

Addenda. Volver a Nora desde Centroamérica: Autorías corales

Leer *El lugar del testigo: escritura y memoria (Uruguay, Chile y Argentina)* y quedar atrapadas en un ir y venir entre los testimonios que ella analiza y los de los reclutas del servicio militar de los años 1980 en Nicaragua, nos lleva de nuevo a los testimonios indígenas de Guatemala con que abrimos este trabajo, con varias salvedades. Los testimonios de los que habla Nora son de jóvenes militantes por voluntad propia, sobrevivientes de brutales represiones, cautivos en cárceles y campos de concentración; los de los reclutas nicaragüenses son de adolescentes que, en medio de bosques lluviosos tropicales, eran obligados a librar una guerra mediante conscripción legal y política. Ellos debían ser patriotas.¹ Así, mientras los primeros libraban una batalla a voluntad, los segundos eran forzados. No obstante, la relación entre los testigos de las dictaduras del sur y los reclutas del servicio militar en Nicaragua la establecía la convocatoria a contar su experiencia como sobrevivientes en sus respectivas comunidades de memoria.² La salvedad que se establece con los testimonios indígenas de Guatemala con que abrimos este trabajo es la de rendir un testimonio en condiciones de dureza. Una cosa es escribir a fin de preservar, y otra la de producir conocimientos para los vencedores.

Nora nos muestra en su reflexión sobre el relato del testigo a mujeres y hombres a la vez “resilientes y frágiles”, que a través de sus cuerpos y experiencias “reformulan las secuelas del horror y dejan de ser sus víctimas”. Este cambio es substancial. Su propuesta es que escribir, ponerle palabras al horror, es lo que posibilita reformularlo. Nora *dixit*: “Al contar, la palabra del testigo pone en vilo nociones que la teoría esgrime como verdades, como cuando asume que esta experiencia es inenarrable. Nada es inenarrable (*mutatis mutandis*, nada es totalmente narrable)” (*El lugar* 26).

En 1985 Bernardo Argüello, recluta del servicio militar en el Batallón de Lucha Irregular (BLI) Santos López de Nicaragua, produce un testimonio

—*Mi primer combate*, del 17 de febrero en Cerro Helado, Yalí, Jinotega—
que guarda similitud con la noción de testigo que propone Nora, y que llama
la atención sobre el compromiso de contar su experiencia:

Me he prometido a mí mismo y me he comprometido a escribir poco a
poco mi testimonio, mi vida, mis momentos difíciles, mis clamores y mis
alegrías. Como combatiente no puedo dejar de tener experiencias, como
cristiano no puedo dejar de compartirlas. (Argüello 1)

Como Nora, él habla de la dificultad que experimentó para identificar las pa-
labras que describieran su vida de recluta, tan dura “que no creo hallar las
palabras para expresarla, y si las hallara creo que no serían lo mismo” (1). Y,
sin embargo, las halla porque, como dice Nora, nada es inenarrable, y nada
es totalmente narrable. Por eso el testimonio de Argüello, como los del Sur,
insiste “en ponerle palabras al horror” (*El lugar* 11). Es debido al horror que
el texto sangra en cada sílaba, como lo hicieron los textos indígenas del siglo
XVI en la confrontación con los castellanos en Guatemala. Horror es para
Argüello la muerte de su compañero en el BLI, Roberto Sarria, quien

estaba con los ojos abiertos y fijos mirando al cielo, como algunos san-
tos en las iglesias. Crucé sus manos, doblamos el capote y lo acostamos
en una hamaca. Volví a mi posición, lo lloré, varios de mis compañeros
también lo hicieron por él, por otro, o por todos y por todo. Pensé si los
guardias llorarían a sus muertos; pensé en su papa y su mama en sus her-
manos y en los que lo conocían que no se daban cuenta de lo que le habían
hecho. (Argüello 2)

Ojos abiertos y fijos mirando al cielo, como el Cristo en la Cruz de Velázquez,
como los de un santo o un mártir de iglesia, recuerdan que Argüello dice es-
cribir como cristiano pero también como combatiente, y es como combatiente
que articula su experiencia desde la causa de la revolución y el discurso de la
defensa nacional. Entre cristianismo y revolución, decía la consigna, no hay
contradicción: el martirio cristalizaba ese deseo. Él tenía un “compromiso con
Dios, con los pobres y su proyecto, compromiso ante la sangre, ante el sudor,
ante los héroes y ante su ejemplo inmortal de morir por la vida y la paz” (2).
Desde ese lugar se pregunta si él y los otros reclutas serán capaces de dar lo
que los reclutas muertos dieron:

A lo largo de la caminata, ante los cadáveres de quienes fueron jóvenes y soldados, ante quienes pensaron y soñaron un día con la paz y con una sociedad nueva, ante ellos nos sentíamos cuestionados; un cuestionamiento desgarrador del que estando en esa situación no deja de sentir miedo y a veces hasta horror, y ante su ejemplo lleno de honor: ¿Seremos capaces de dar lo que ellos dieron? (2)

El cuestionamiento sobre si los sobrevivientes serán también capaces del martirio nos lleva a otro asunto de mucho peso: la revolución sandinista demandó de los jóvenes la defensa de la nación con sus vidas. A los valores deseables de hombre nuevo se agregaría el de héroe. Ellos eran los Cachorros sueltos de Sandino, héroe insurgente nacional, y aludían al acervo poético nacional de Rubén Darío por el verso “Hay mil cachorros sueltos del León Español” (Darío 38). Más de 149 mil jóvenes nacidos entre 1959 y 1971 marcharon a los frentes de guerra —reclutados, voluntarios o llevados a la fuerza (cf. Kinloch). La población de Nicaragua en esa época era de poco más de tres millones de habitantes, de los cuales 352.522 eran hombres en edades comprendidas entre los 15 a 24 años (CELADE).³ Hoy en día todavía no se sabe cuántos murieron. Contar su historia era para los reclutas un compromiso con sus compañeros muertos, duelo que andamia su escritura. De ahí que los registros geográficos y topográficos vengán acompañados de una estructura sentimental en la que existe solo una muerte numerosa —memoriales de aquí, allá y acullá.

Nora Strejilevich cita a Reyes Mate hablando de la necesidad de contar desde el plural, como decía Primo Levi: “de contarle nuestra historia ‘al resto’, de hacer que ‘el resto’ participe en ella . . . antes y después de nuestra liberación, como un impulso inmediato y violento” (*El lugar* 91). Los lugares del género testimonial son escritura grupal que no oculta la agonía, porque la historia enunciada es la de la colectividad: “Nuestra historia,” dice Reyes Mate en la cita. El testimonio también es polifónico, con palabras a menudo mal escritas o enunciadas, intermitentes, yuxtapuestas, que cuentan la experiencia y la historia de uno y de todos; por ello dice Strejilevich que es “una autoría coral”. Frente a la urgencia de contar, Nora se pregunta si hay disposición para escuchar. Si el resto de la sociedad quiere oír lo que los testimoniados desean contar. Liliana Feierstein, citada por Nora en *El lugar del testigo*, advierte que el testimonio es un “acto dialógico y una apelación a la responsabilidad; el dar testimonio sería así lo que sucede *entre* estas personas . . . no es posible sin alguien que esté dispuesto a escuchar” (85). Mas el caso chileno se presenta como una voluntad de silenciar. Los gobiernos posdictatoriales chilenos optaron por la *reconciliación* “bajo el argumento de no querer arriesgar la

estabilidad del retorno a la democracia” (Nelly Richard, cit. en *El lugar* 142), de no arriesgar la paz fiscal. Esto dificulta el habla.

Estas intervenciones inauguran un nuevo ciclo de memoria que refieren, según Marianela Scocco siguiendo a Michael Pollak, citado por Strejilevich, a “marcos o puntos de referencia construidos por la memoria social, dentro de las condiciones sociales e históricas de lo ‘decible’ y lo ‘indecible’” (*El lugar* 201). Esto mismo sucedió en Nicaragua, donde una salida negociada mediante acuerdos posibilitó el fin del conflicto armado de los años 1980, elecciones y el ascenso del gobierno de Violeta Barrios a la presidencia en 1990. El país alcanzó la pacificación bajo su mandato mas, como en Chile, el proceso impuso silencio y exclusión de las memorias de quienes habían participado en la guerra. En la década de los noventa, ser guerrero dejó de ser valorado socialmente y los desmovilizados debieron integrarse a un nuevo mundo laboral en el que se observaba con desconfianza haber participado en el conflicto armado. Una vez desmovilizados, los reclutas llevaron su reintegración en solitario y en silencio, sin apoyo, sin éxito. “Al final fuimos fantasmas de la guerra . . .” dice el recluta José Luis Préndiz (195) en su testimonio.

El discurso oficial de los años 1980 había construido la categoría de héroe para el joven que prestaba su servicio militar. Terminada la guerra había que guardar silencio. Todos; hasta las propias familias se mantuvieron calladas: “nadie de mi familia quiere recordar” (Préndiz 185). Pero los reclutas, ya desmovilizados, enfrentaron el reto de callar, hablando, compartiendo una información que debía ser soterrada. Se acuerdan de todo y lo relatan todo. Esa es su técnica de sobrevivencia expresada en la escritura. Todos los nombres están incluidos, los de los lugares geográficos del reclutamiento y del combate, los de los amigos y de los batallones en los que peleaban. Así, desobedecieron la orden de silencio del discurso oficial en pro de la reconciliación y la paz, y publicaron sus memorias: *Testimonios de aquella década* (1993), de Danilo Guido; *Algo más que un recuerdo* (1997), de Ernesto Castillo Guerrero; *Perra vida* (2005), de Juan Sobalvarro; *Sin nombre ni gloria* (2015), de Francisco Alvarenga Lacayo; *Mi voluntad* (2016), de José Luis Préndiz; y *Memorias de una guerra olvidada* (2017), de Manuel Coronel Novoa. En ellos cuentan sus experiencias en los BLI Pedro Altamirano, Juan Pablo Umazor y Rufo Marín.

Estamos ya en la post-guerra, tiempos de post-conflicto y post-memoria. En ella, los libros de los reclutas abrieron el debate sobre los sentidos de su experiencia y retrataron la guerra como un evento vacío de significado, como un sinsentido; presentaron a sus participantes como seres imperfectos, frágiles mortales, en lugar de santos y mártires. La guerra y sus efemérides no son ahí un lugar de culto, una herencia o una historia que hay que mantener y emular. Los textos relatan el sufrimiento que conllevó la experiencia de

dicho servicio y el rechazo que esta vivencia les producía, particularmente ante la muerte de los compañeros —esa desesperación que solo puede traducir la poesía, como en la *Elegía* de Miguel Hernández que dice: “Quiero minar la tierra hasta encontrarte/y besarte la noble calavera/y desamordazarte y regresarte”, Entramos ya en otra dimensión. Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.

Los textos de posguerra de los reclutas intervienen el imaginario del héroe desde la crudeza de la guerra; abordan el miedo y el deseo de desertar y se preguntan por la realidad de ese enemigo, la contrarrevolución, y su construcción discursiva. Leemos a Nora en diálogo con los testimonios de los reclutas como sobrevivientes; sobre esa condición Alejandro Kaufman, citado por Nora, dice:

más allá de la satisfacción de no ser él mismo el muerto, sabe que su supervivencia le depara un vínculo con los muertos. . . . También ese vínculo es el que despoja al superviviente de la suscitación de violencia o venganza, [y] lo lleva a su vez, a través del testimonio y la búsqueda de justicia, a restaurar el lazo social tal como fue vulnerado por el exterminador. (cit. en *El lugar* 89)

El vínculo de los reclutas con sus muertos está muy presente en los espacios virtuales que comparten sus comunidades de memoria, grupos de Facebook compuestos por desmovilizados de los BLI a los que pertenecían. En la red social hay más de trece páginas que agrupan, cada una, entre 200 y 600 miembros. Las páginas son espacios y comunidades virtuales de memorias, donde antiguos compañeros de armas se encuentran para interactuar, compartir y recopilar relatos, anécdotas, fotografías, cartas, conmemorar, reconstruir conjuntamente su historia dentro del BLI, las vivencias y los afectos. Particularmente, el afecto por sus compañeros muertos está muy presente en las informaciones que postean. En alguna medida es desde ahí que reescriben su herida, en sus propios términos, y es también el lugar donde despliegan estrategias de resistencia, de restitución, de proyecto de justicia y de deber de memoria, como Nora recomienda hacer. Para ella, en “los testimoniados, el ‘pasado presente’ se manifiesta como inquietud y comprensión del presente, como relación de *un aquí y ahora en deuda con el pasado*” (*El lugar* 74); pero también, ya advertimos arriba, con mesura y decoro, con ausencia de drama en una tragedia narrada desde una calma intensa y contenida, de llanto e ironía suaves para marcar el paso de una vida truncada. Producción testimonial que, en el momento mismo en que se

reproduce, ya se desprendió de lo real para encontrar morada en lo simbólico y ser preservada en lo estético.

Postscript: Nora decía: “Vos me decís Norita porque no podés pronunciar mi apellido: S-tre-ji-le-vich”. Nora nació en Buenos Aires y es por ende Argentina; luego se naturalizó canadiense y norteamericana. Nora porta tres pasaportes, posee tres nacionalidades; pero en su escrito “Before and After” ha de contestar la pregunta de si es una escritora judía, de si pertenece a una historia otra que las nacionales, adjetivo que la coloca o adhiere a otra tradición. Sus escritos son argentinos; su errancia, más que la prototípica judía, viene de andar distraendo su trauma, de cuño argentino. Ser judía, decía un día, no es una etnia: “yo étnicamente soy blanca, o más bien rosada”. Culturalmente ni siquiera conozco el calendario o festividades judías. Mi familia no era religiosa. Nora no es judía pero siempre anda a la caza de esa otra historia. En busca de sus antepasados exterminados, especie humana hecha humo: entre los setenta y siete mil nombres que lee en Praga encuentra el de su abuela paterna, Schlessinger. Este Schlessinger cuyo nombre lee en Praga había nacido en 1913, como León, su padre. Ser escritora es un esfuerzo reconocido en su escrito, “Before and After”; ser judía, una gratuidad que acepta sin recelo pero con escepticismo, a sabiendas de la fuerte agenda tras el adjetivo —igual atesoramos todos las etnias de nuestros antepasados que se nos atribuyen.

Notas

1. El Consejo de Estado de Nicaragua aprobó la Ley del Servicio Militar Patriótico (Decreto No. 1327, 1983) el 13 de septiembre de 1983. Según establecía, todos los varones jóvenes de entre 17 a 25 años debían, obligatoriamente, integrarse al Ejército Popular Sandinista (EPS) por un período de dos años. En general, los nóveles soldados eran asignados a un Batallón de Lucha Irregular (BLI), estructura militar responsable de enfrentar, mediante las armas, a las fuerzas enemigas de La Contra.
2. Iwona Irwin-Zarecka (2009) observa que, en su interlocución con un pasado especialmente doloroso y traumático, los miembros de una sociedad tienden a ubicarse en diversas comunidades de memoria, cada una compuesta por individuos que comparten una versión similar del pasado.
3. Puede consultarse el informe de CELADE en CEPAL, *América Latina y el caribe: Estimaciones y proyecciones de población*, revisado en 2020.

Obras citadas

- Alvarenga Lacayo, Francisco. *Sin nombre ni gloria*. USA: sin editorial, 2015.
- Anónimo. *Isagoge histórica apologética de las Indias Occidentales y especial de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*. Prólogo J. Fernando Juárez Muñoz. Guatemala: Sociedad de Geografía e Historia, 1935.
- Argüello Leiva, Bernardo. *Mi primer combate*. 1985. Mimeo.
- Carmack, Robert. *Quichéan Civilization. The Ethnohistoric, Ethnographic, and Archaeological Sources*. Berkeley: University of California Press, 1973.
- Castillo, Ernesto. *Algo más que un recuerdo*. Managua: Centro Nicaragüense de Escritores, 1997.
- CELADE. *América Latina y el Caribe: Estimaciones y proyecciones de población*. Web.
- Coronel Novoa, Manuel. *Memorias de una guerra olvidada*. Managua: sin editorial, 2017.
- Darío, Rubén. *Cantos de vida y esperanza*. Córdoba: El Cid Editor, 2003.
- Guido, Danilo. *Testimonios de aquella década*. Managua: sin editorial, 1993.
- Hernández, Miguel. *El rayo que no cesa*. Madrid: Espasa Calpe, 1998.
- Irwin-Zarecka, Iwona. *Frames of Remembrance. The Dynamics of Collective Memory*. New Jersey: Transaction Publishers, 2009.
- Kinloch, Francis. *Historia de Nicaragua*. Managua: IHNCA/UCA, 2016.
- Luján Muñoz, Jorge. *Inicios del dominio español en Indias*. Guatemala: Editorial Universitaria, 1987.
- Préndiz, José L. *Mi voluntad*. Managua: Editorial Amerrisque, 2016.
- Sobalvaro, Juan. *Perra vida*. Managua: Grupo Editorial Lea, 2005.
- Strejilevich, Nora. *Una sola muerte numerosa*. Miami: North-South Center Press, 1997.
- _____. *Un día, allá por el fin del mundo*. Santiago de Chile: LOM, 2019.
- _____. *El lugar del testigo*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2019.
- _____. “Before and After” (manuscrito, s.f.).
- Tedlock, Denis. *Popol Vuh: The Definitive Edition of the Maya Book of the Dawn of Life and the Glories of Gods and Kings*. New York: Simon & Schuster, 1996.

Rodriguez, Ileana e Irene Agudelo. “Oír a Nora Strejilevich en Centroamérica: ¿Lobo está?” *Lo decible de la desaparición*. Ed. Ana Forcinito y Griselda Zuffi. *Hispanic Issues On Line Debates* 10 (2022): 103–119.
